

¡Hasta cuándo!

— Aun os veo adosados al muro de las dichas y desdichas.

— Aun vuestros espíritus andan sueltos buscando la paz que algunos vivos os niegan, clamando guerra y destrucción.

— Aun se oyen vuestros lamentos en las sepulcrales noches de invierno.

— Aun quieren que continúeis errantes por los espacios del silencio y os niegan la paz de un cementerio, esa paz que habéis ganado con el paso del tiempo y con el perdón de vuestros adversarios.

— Aun os hacen pasar vergüenza ajena, ante las miradas indiferentes de quienes cruzan vuestra tumba.

— Aun teneis que soportar que recuerden vuestras vidas, cuando vosotros lo habéis olvidado todo, hasta vuestra propia existencia.

— Aún os tienen atrapados en esa cárcel de piedra, cuando vosotros deseáis ser libres.

— Aun os manejan corazones podridos de nostalgia, cuando la nostalgia ya está podrida.

— Aun os manipulan, para defender lo que ya no es defendible.

— Aún os recuerdan para recordar cuánto destruísteis y caísteis en vuestra propia destrucción.

— Aun os quieren subir en altares, cuando esos altares están llenos de corrupción.

— Aun os atormentan, porque ellos tienen un continuo tormento.

— Aun os aplauden, cuando ya no hay nada que aplaudir.

— Aún, Aun, Aun...!

— Aun os tienen ahí.

Jesús SIMON Y JUAN,
Torrenueva

Como tantas noches de quietud y misterio, la calle oscura y fangosa, parecía triste. Las chimeneas humeantes daban la sensación de maldad e impureza ante la venida de la nieve.

Sentado frente a la puerta de mi casa gustaba yo de aquel capricho y a veces ensimismado cerraba los ojos y con el rostro entre mis rodillas, guardaba completo silencio para escuchar el ruido de la nieve al chocar contra los charcos y era entonces tan grande mi dicha que las venas se me dilataban y sentía yo la expansión de mi piel, el ritmo del corazón aquellos sí que eran verdaderos momentos de recogimiento, y en los cuales comprendía que eran ellos la única felicidad de mi soledad.

Seguía con mi evasión, cuando un leve ruido de pasos me hizo abrir los ojos, y vi allí, entre una cortina de sacos-única puerta de la casa, a mi madre toda vestida de negro. Ella me miraba con la misma mirada de siempre y de su rostro no adivinaba más expresión que la de un difunto. En sus manos temblaban algunas monedas y una talega.

Vé por pan, me dijo, y yo, habiendo recogido cuanto me ofrecía me marché calle arriba con recelo, mirando de vez en cuando a través de aquella cortina blanca, cada vez más densa, el cuerpo rígido de quien tanto temía, mas sentía pena, mucha pena al verla allí agarrada a la cortina que hacía de puerta y envuelta en la pequeña aureola que del recinto salía y que aún le hacía más fea.

Cesó la nieve. Sobre todo mi cielo quebrado por un sangriento y pálido centelleo de luna. Algunos chiquillos jugaban con la nieve alrededor de una farola. Yo caminaba sin prisas, y nostálgico recorrí casi todo aquel laberinto de oscuro vientre y blanco techo agazapado como un cementerio viejo.

Pronto divisé la portada condenada a estar abierta. Aligeré el paso y he aquí que llegué a mis oídos cierto revuelo de voces conocidas. Ya muy de cerca, anduve con recelo por ver qué acontecía, mas pronto fui visto y uno de mis allegados amigos adelantándose, susurró a mis oídos ciertas palabras que me ensancharon el pecho, los demás me miraban divertidos.

Enseguida regresó, les dije, y marché apresurado a por el pan a través de aquel pasillo donde la luz era nido de estrellas. De regreso vi que seguían inquietos y echando la talega a un lado, me puse a cavilar sobre la elección de la madriguera pues a ambos lados de la portada había excelentes muchachas.

CUENTO



Alegoría de la Música. Cuadro de Hans Waldung, 1525. Nuremberg. Museo Germánico

Aún seguía yo intranquilo cuando de mi izquierda salió uno de los tunantes en plena torpeza y su rostro se asemejaba al de un milano cuando no consigue lo que quiere. Fué entonces cuando dilatarme de emociones como un pajarillo de huecas plumas, y enloquecedor saltando torrentes opacos, eran la misma cosa.

Marché ligero al compás de la brisa hasta el bosque que tiembla al arrullo de mis alas.

Allí me acurruqué en su espesura y retorciéndome sobre su esqueleto hallé el deleite de la hermosura. Mas como sucede en todas las cosas buenas, pronto marchó el encanto hacia otros parajes y a mí me quedó la huella del deseo cumplido.

Regresé por los mismos pasos, arrastrando ensimismado una piedra a lo largo de la pared, dejando tras de mí un ruido de pernalas.

De vez en cuando volvía la mirada hacia las portadas, sucias y con grandes girones, pero que escondían algo tan puro y divino como un paraíso.

Una oleada de aire fresco hizome recordar y pensar en la anciana y presintiendo algo, aligeré el paso. Después de una larga caminata, volví la esquina que anuncia mi calle, y cual no sería mi asombro al ver allí, a unos pasos, un cuerpo oscuro, medio envuelto por la nieve.

Quedé pálido. Al pronto me dieron ganas de gritar y de salir corriendo mas el miedo negó el impulso a mis miembros y allí quedé estático frente al cadáver.

Zarandeando la cabeza rehusaba de la realidad pero con el tiempo y por un ramalazo de curiosidad, me acerqué hasta tocarle tímido el rostro con los dedos.

Madre, Madre, ¡madre mía! murmuraba yo muy de cerca, pero ella no me contestaba.

Pensamientos escalofriantes cruzaron por mi mente, y sin dar crédito de lo que hacía, la cogí por debajo de los brazos y poco a poco, arrastrándola, llegué hasta la puerta de la casa y una vez allí, con grandes esfuerzos, pude llevármela a la cama.

Lloraba yo muy desconsolado en silencio. Quise avivar el fuego que ardía en la cocina que había en frente de la habitación y que estaba separada de ésta por unos angostos portales. Fuí a cruzar el umbral de la puerta y en el preciso momento, alguien desde la calle llamó por mi nombre.

—Entra, dije temblando.

Era ella, tan linda, tan guapa como hacía un momento. Vino hacia mí con pasos débiles y sonriendo y alargando el brazo me dijo:

¡Ten y haber si no pierdes la memoria.

Yo agarré con ternura aquella mano que me ofrecía la cesta de la compra.

— ¿Está tu madre?; Me dijo.

Dude por tiempo indefinido. Fueron unos segundos infernales. Al fin dije.

—Se ha marchado. Y tragué saliva.

Nos miramos con dulzura inquietante y olvidando el cuerpo presente, la estreché contra mi pecho y allí, en la única cocina nos tumbamos.

Qué dolor y qué placer, abrazándome los dos al mismo tiempo!

Ella no decía nada. Mas bien me acariciaba con sus labios y todo el cuerpo se me hendía. Se reía, lloraba de gozo y se me enlazaba con ansiedad, era la segunda vez que hurgaba su ramaje.

Me levantó a besos.

—Vámonos a la cama ¿Quiéres?

Bueno, le dije, pero pronto me arrepentí al recordar la difunta, pero ya era tarde, pues ella había cruzado los portales y en viendo el cuerpo rígido como un palo, con los ojos abiertos y con una sonrisa horrible, dió un grito espantoso y sin mirarme siquiera echó a correr llorando locamente.

Yo la seguí con la mirada. Ella se perdió a lo lejos con llantos y sus gritos.

Miré a la luna y estaba fría, pálida como una estampa antigua; igual que los ojos de mi madre. Me dió miedo y fué entonces cuando eché a llorar ya a pedir auxilio aunque bien sabía yo que todo era inútil en aquella calle pues hombres y cosas eran un monstruo compacto de piedra que sólo se estremece al oír los ladridos de los perros baldíos en las frías noches del invierno.

Volví a la habitación y como un perro fiel, lloré el cadáver. Me dormí pegado a sus faldas no sé si de miedo o de cansancio, pero me dormí, y aquella noche soñé con la eternidad.

Anónimo.